

LA MUERTE DEL PRIMER OBISPO DE MADRID, MARTINEZ IZQUIERDO



Tristes recuerdos deja el día 18 de abril, domingo de Ramos de 1886. Al descender de su carruaje alrededor de las diez de la mañana, y subir las gradas de la iglesia de San Isidro, hoy convertida en catedral, el primer obispo de la Diócesis de Madrid-Alcalá, Ilmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, se le acercó el presbítero D. Cayetano Galeote y Cotilla y le disparó a quema rota tres tiros de revólver. Herido gravemente el Prelado concluyó de subir la última grada, sin volver la cabeza, y cayó desplomado sobre las losas del atrio, en donde fue recogido por sus familiares y varias personas que

presenciaron la catástrofe. Entretanto el agresor fue preso y desarmado, metido en un coche de alquiler y conducido a la prevención de la calle de Juanelo, logrando, no sin trabajo, librarle de las iras populares. A todo esto, la gente que llenaba la iglesia esperando los Oficios, asustada al oír el estruendo de los disparos, arremolinose en el templo. Hubo desmayos, empujones, y no ocurrieron desgracias acaso porque cundiendo la noticia, de tal modo impresionó los ánimos que dejó a todos sobrecogidos y abrumados.

Se suspendieron los Oficios, y mientras se preparaba un lecho al herido, la gente desocupó aterrada el templo, llevándose sin bendecir las palmas, los ramos de oliva y romero. Minutos después, la noticia de aquel horrendo crimen se sabía en los barrios más apartados de Madrid; y un gran gentío, atraído por la curiosidad o el interés, afluyó hacía la calle de Toledo, teniendo que evitar la aglomeración algunos guardias civiles de caballería.

No Obstante la alarma y la confusión que las detonaciones produjeron en la muchedumbre, el venerable herido fue trasladado inmediatamente a la contaduría de la iglesia, colocado en una silla y luego en un colchón, reconocido inmediatamente por algunos facultativos, y segunda vez por el Dr. Creus Manso, pariente y médico de cabecera del ilustre Prelado: por desgracia, las tres heridas eran gravísimas y dos de ellas fueron consideradas por los médicos, desde los primeros momentos, como heridas mortales.